

# Enver Hoxha

## CONGRESO DE LA RESTAURACION DEL CAPITALISMO, CONGRESO DEL SOCIALIMPERIALISMO

*Artículo publicado en «Zëri i popullit»*

**17 de abril de 1971**

El 9 de abril terminaron en Moscú los trabajos del XXIV Congreso del partido revisionista de la Unión Soviética, abierto el 30 de marzo. Tal como se esperaba, reafirmó la línea jruschovista de la actual dirección soviética. El informe presentado por Brezhnev y las discusiones escenificadas fueron una tediosa repetición de las conocidas tesis revisionistas, autoalabanzas gastadas y promesas demagógicas.

La característica general de este congreso es la obstinación de marchar hasta el fin por el camino de la traición al marxismo-leninismo, a la revolución y al socialismo. Brezhnev declaró oficialmente que los cabezallas del Kremlin no tienen la intención de renunciar al XX Congreso y al programa del partido aprobado en el XXII Congreso, estando Nikita Jruschov en el poder, y en el que fue codificado el revisionismo moderno jruschovista.

En caso de que pueda hablarse de algo nuevo planteado por el congreso en cuestión, es precisamente la profundización del jruschovismo en todos los terrenos,

en el político, económico, ideológico, en el terreno interno y externo.

El principal cuidado y preocupación de los organizadores de esta gran reunión revisionista fue fortalecer y perfeccionar los medios y los métodos destinados a la restauración del capitalismo, a la consolidación de la dictadura burguesa revisionista. Mediante este congreso la dirección revisionista soviética pretendió obtener una aprobación formal, supuestamente en nombre del partido y del pueblo, para continuar como hasta ahora con su política socialimperialista contra la revolución y el movimiento de liberación de los pueblos, para defender el imperio revisionista soviético, para ampliar la expansión política y económica y la colaboración con el imperialismo americano.

#### EL ANTIMARXISMO Y EL ANTICOMUNISMO, BASE IDEOLOGICA DEL REVISIONISMO JRUSCHOVISTA

Los discursos pronunciados en el congreso durante 10 días llenan volúmenes enteros y las cifras de que se hizo mención ni pueden ser calculadas. Pero quien haya seguido con atención los trabajos del congreso, no puede dejar de observar el gran vacío teórico, la pobreza de pensamientos y la mediocridad burocrática. En los informes de Brezhnev y Kosiguin encontraron cabida todas las menudencias de la economía, desde las planchas eléctricas hasta la edición de folletos, desde el trabajo de los jubilados para ayudar en los servicios comunales hasta las máquinas de coser. Pero los cabe-cillas soviéticos guardaron un silencio completo sobre los agudos problemas que preocupan al pueblo y a la sociedad soviética, esquivándolos. En la Unión Soviética de hoy existe un conocido conflicto entre el aparato

burocrático del partido y del Estado por un lado, y las amplias masas del pueblo por el otro; existen profundas contradicciones entre el centralismo burocrático en el poder y las exigencias de libertad y democracia de las masas. Pero sobre esto no se dijo ni una palabra.

Resulta difícil encontrar hoy otro país en el mundo donde la burocracia haya concentrado en sus manos poderes tan grandes e ilimitados como en la Unión Soviética. Esa burocracia detenta no sólo el poder político, sino también el económico, además del monopolio ideológico. En la actualidad la clase obrera y las masas trabajadoras están privadas de los derechos conquistados en la Revolución de Octubre de ejercer su control sobre los aparatos estatales y participar directamente en el gobierno del país. A pesar de que subsisten aún numerosas organizaciones como los soviets, los sindicatos, el Komsomol, las asambleas de producción, etc., todos ellos conservan únicamente el nombre y la vieja forma, pero han perdido su contenido y se han transformado en órganos publicitarios de las decisiones y de las directrices del aparato burocrático y en instrumentos para aplicarlas.

La democracia de la que tanto se vanaglorió Brezhnev en el congreso, no es democracia para las masas sino para la casta burocrática. Es un hecho que no sólo las masas, sino tampoco los órganos llamados electivos participan en la formulación de la política y de las posiciones tanto respecto a las cuestiones interiores como a las exteriores. Quien determina esa política es un reducido círculo de la camarilla en el poder, y las masas se encuentran siempre ante los hechos consumados. ¿Consultaron acaso a las masas del pueblo soviético cuando fue denigrado Stalin y fue negada la lucha y la labor revolucionaria de generaciones enteras de bolcheviques y del pueblo soviético, cuando fue derribado Jruschov y su puesto fue ocupado por Brezhnev

y Kosiguin, cuando fue ocupada Checoslovaquia, etc., etc.? No es anecdótica la expresión actual y cotidiana de las gentes soviéticas «*nachalstvo znaet*» (lo sabe la dirección) refiriéndose a todo cuanto sucede en su país. Expresa una amarga realidad, la dominación absoluta de la burocracia, el profundo abismo que media entre ésta y el pueblo.

Desde hace años ha surgido en la Unión Soviética otra aguda contradicción, que no ha tenido ni tendrá solución mientras los revisionistas permanezcan en el poder. Esta contradicción radica entre la vasta labor de los soviéticos en el terreno de la producción de los bienes materiales y espirituales y el bajo nivel de efectividad de su trabajo. La embarazosa máquina burocrática se ha transformado en un insuperable obstáculo en el camino del desarrollo de las fuerzas productivas, en la explotación racional de las riquezas del país, de la mano de obra y de los medios materiales y financieros, en la introducción de la técnica y de la tecnología avanzadas, etc. Ahoga la iniciativa y la actividad creadora de las masas.

El mismo Brezhnev se vio obligado a reconocer en su informe que en las condiciones actuales la economía soviética padece de fenómenos como la dilatación de los trabajos de construcción de obras básicas, el insuficiente aprovechamiento de las capacidades productivas, la lentitud en la introducción de la técnica moderna en la producción, el aumento por debajo del nivel posible de la productividad del trabajo, la producción de numerosos artículos de baja calidad, la falta de organización en la producción, etc., etc.

Para salir de estas contradicciones y dificultades, los revisionistas jruschovistas, de acuerdo con sus concepciones políticas e ideológicas, comenzaron a introducir métodos capitalistas de organización y dirección de

la producción y la distribución. Esto fue sancionado en la forma más completa y multilateral en la llamada reforma económica. Su objetivo era adecuar la economía soviética a la superestructura burguesa revisionista.

Pero el camino capitalista de producción elegido por los revisionistas no podía sacar a flote a la economía soviética. Comenzaron a manifestarse con cada vez mayor gravedad las llagas y las enfermedades típicas de la sociedad burguesa, como la competencia, la gran fluctuación de la fuerza de trabajo, la aparición de desproporciones entre las diversas ramas de la producción, la extensión de las relaciones mercantiles al terreno de los principales medios de producción, etc. Ahora, sobre la base de las reformas capitalistas, ha surgido la gran contradicción social entre la clase obrera y las masas trabajadoras, que crean todos los bienes materiales, por un lado, y la nueva clase burguesa, que se apropia del sudor y del trabajo del pueblo trabajador, por el otro. El estímulo material y el lucro, que constituyen la base de la reforma, están profundizando y agudizando cada vez más esta contradicción.

La propaganda revisionista, e incluso la burguesa, denominan al XXIV Congreso, congreso del «consumo». Esto está relacionado con las numerosas promesas de Brezhnev y Kosiguin de intensificar en el presente plan quinquenal la producción de mercancías de consumo popular y de elevar los salarios de algunas categorías de trabajadores. Naturalmente, los revisionistas pretenden con estas medidas mostrar su «cuidado» por la elevación del nivel de vida del pueblo, como algo que emana del objetivo mismo de la producción en la Unión Soviética. En realidad, hoy el objetivo de la producción en la Unión Soviética es la obtención de ganancias en beneficio de la casta burocrática en el poder. Las medidas prometidas son sin duda una concesión que la clase dominante

burguesa se ve obligada a hacer en determinadas circunstancias de agudización de la lucha de clases, para preservar su dominación. La burguesía de los países capitalistas también hace concesiones semejantes de tiempo en tiempo para tranquilizar y engañar a los trabajadores y para apartarlos de la lucha revolucionaria.

No es casual que la «preocupación» por elevar el nivel de vida de las masas se haya manifestado precisamente ahora. Ha llegado inmediatamente después de los recientes acontecimientos de Polonia<sup>1</sup>, donde hizo explosión la impetuosa rebeldía de la clase obrera polaca contra el régimen revisionista. Los acontecimientos de Polonia mostraron que los trabajadores polacos no podían continuar por más tiempo en la precaria situación en que estaban sumidos, ni soportar la opresión política y la explotación económica. El bajo nivel de los salarios, la elevación de los precios, la falta de artículos de consumo y su baja calidad, la falta de viviendas, etc., actuaron como la chispa que hizo estallar la revuelta, que sin embargo tomó un acentuado carácter de lucha política y estuvo dirigida contra todo el sistema revisionista.

Para salir al paso y evitar explosiones como las de Polonia, los dirigentes de Moscú se apresuraron a aflojar un poco la bolsa. Pero se equivocan profundamente si piensan que con pequeñas migajas podrán engañar por largo tiempo a los trabajadores y resolver las profundas contradicciones que tienen con ellos. El enorme descontento de los trabajadores soviéticos, así como el de todos los trabajadores de los demás países revisionistas, no tiene un origen exclusivamente económico. Ha surgido y se ha extendido ante todo por causas políticas e ideológicas. Mientras exista la traición revi-

---

1 De diciembre de 1970.

sionista, que es la fuente de todos los males, son inevitables las explosiones revolucionarias de la clase obrera, independientemente de la causa que sirva de detonador.

Con los revisionistas soviéticos ocurre lo mismo que con la burguesía de los viejos países capitalistas, quien a la par de algunas concesiones en el terreno de las reivindicaciones sociales y económicas de los trabajadores, aprieta los tornillos para mantener en sus manos las riendas de su dominio. Brezhnev exigió en su informe que se respetara la disciplina y se «cumplieran incondicionalmente» las órdenes y las directrices de los órganos estatales y del Partido. Amenazó a todos los que no transigen con la actividad y los puntos de vista de la dirección soviética e hizo una seria advertencia a quienes «mancillen la bandera» de la camarilla dominante.

Brezhnev intenta presentar este apretón de tornillos, como una lucha para defender la «línea general del partido» de los ataques procedentes de la izquierda y de la derecha. De este modo e independientemente de que el secretario general del partido revisionista soviético intente mantener la pose de principio, se ve obligado a aceptar la existencia de oposición entre el pueblo soviético a la línea revisionista. Es precisamente el temor a la extensión del descontento y a la oposición de las diversas capas de la población frente a la política oficial lo que obliga a la dirección del Kremlin a hacer maniobras, empleando tanto la demagogia como las amenazas de recurrir a la fuerza.

Para preservar su dominación, la renegada camarilla soviética tampoco se ha olvidado del trabajo ideológico con las masas, de mantenerlas bajo la machacona propaganda revisionista. Esto se observó claramente en el reciente congreso, donde Brezhnev, Kosiguin y los demás intentaron vender el revisionismo por marxismo, llamándolo incluso creador, presentar sus actitudes y

métodos revisionistas como leninistas. Se esfuerzan por ahogar todo pensamiento crítico y creador, por imponer a las masas el concepto de sumisión y obediencia incondicional a la política y a la actividad de la dirección. Aquí no hay nada de marxista, nada de leninista. Especulan con la autoridad y el nombre de Lenin y del leninismo para llenar el vacío de su ideología revisionista, para encubrir su completa traición al marxismo-leninismo.

En su informe, Brezhnev se jactó de la «contribución» de los dirigentes soviéticos al desarrollo y enriquecimiento de la teoría marxista-leninista, en cuanto a la economía, al papel del partido y a su construcción, a la historia y a la teoría del Estado, al desarrollo del capitalismo actual y del socialismo, al movimiento revolucionario y de liberación nacional. Si podemos hablar de una verdadera «contribución» de los revisionistas soviéticos, se trata de su contribución a la revisión general del marxismo-leninismo, a la distorsión flagrante de la teoría y la práctica del socialismo. En esto mantienen la bandera y se les pueden reconocer todos los méritos.

¿Cómo puede denominarse ulterior desarrollo de la teoría de la construcción del socialismo «la elaboración de nuevos métodos de planificación y dirección de la economía», que han socavado la economía socialista en la Unión Soviética y han despejado el camino a la restauración del capitalismo? ¿De qué clase de contribución a la «doctrina sobre el papel dirigente del partido comunista» puede hablarse, cuando los jruschovistas, tras la máscara del «partido de todo el pueblo», han liquidado el Partido Bolchevique de Lenin y Stalin y lo han transformado en un instrumento de su dominación sobre la clase obrera y el pueblo soviético? ¿Cómo pueden considerarse «enriquecimiento de la historia y de la teoría del Estado» las calumnias y los feroces ataques a la dictadura del proletariado lanzados al so-



caire del llamado culto a la personalidad, y su completa liquidación so pretexto de transformarla en «Estado de todo el pueblo»?

Los dirigentes revisionistas de la Unión Soviética ponen asimismo por las nubes la «elaboración de nuevos principios en las relaciones entre los países socialistas». ¿Será acaso marxismo-leninismo «la teoría de la soberanía limitada» de Brezhnev, la ocupación de Checoslovaquia, la brutal intervención en los demás países, la explotación económica de los Estados del Este de Europa, las provocaciones y los ataques contra China y Albania? ¿O es que acaso han contribuido al desarrollo de la teoría de la revolución, tal como pretenden, sus prédicas oportunistas sobre el camino pacífico y parlamentario de transición al socialismo, sobre la integración del capitalismo en el socialismo mediante reformas, sobre el paso de los diversos países al socialismo sin la revolución socialista, sin la dirección del partido proletario y sin la dictadura del proletariado?

El informe de Brezhnev y todos los trabajos del congreso mostraron que la base ideológica de toda la actividad de los revisionistas jruschovistas no es el marxismo-leninismo, sino el antimarxismo, la ideología burguesa, una de cuyas variantes es todo el revisionismo moderno. La línea sancionada por el XXIV Congreso es en esencia la vieja línea jruschovista. El Congreso no ha hecho sino expresar una vez más la determinación de la actual dirección soviética de perseverar obstinadamente en su camino de traición y contrarrevolución.

#### LÍNEA CHOVINISTA Y NEOCOLONIALISTA DE GRAN POTENCIA

Las relaciones entre la Unión Soviética y los demás países revisionistas ocuparon un importante lugar en

los documentos y trabajos del XXIV Congreso. Tal como era de esperar, Brezhnev y los demás presentaron un cuadro bastante idílico tanto de las relaciones bilaterales, como de la situación en los citados países. Con la mayor desvergüenza, Brezhnev habló del «fortalecimiento de la amistad y de la unidad entre la Unión Soviética y los países socialistas» como si no existiese en absoluto la cuestión checoslovaca, habló de los «éxitos y los adelantos de los países hermanos» como si nada hubiera ocurrido en Polonia, hizo mención de las «relaciones de igualdad e independencia» como si la ocupación militar permanente de Alemania Democrática, Hungría, Polonia, Bulgaria y Mongolia no tuviera ninguna existencia real. No escatimó las rimbombantes declaraciones sobre la «ayuda fraternal» que concede pretendidamente la Unión Soviética a estos países, como si el mundo no tuviera conocimiento de la explotación económica de la que son objeto y su transformación en apéndices de la economía soviética.

Pero con demagogia y barnices no se puede ocultar la trágica situación imperante en el campo revisionista. Checoslovaquia ha sido y continúa siendo una irrefutable acta de acusación contra la camarilla que hoy domina en el Kremlin. Brezhnev, en su informe, pretendió tratar de pasada el problema checoslovaco, creyendo que así lograría engañar a la opinión pública. Con el fin de justificar la ocupación de Checoslovaquia, no encontró nada mejor que una declaración de Husak que calificaba la agresión como «un acto internacionalista». ¡Un testigo verdaderamente clave! El hecho de que presenten como «argumento» las declaraciones de un individuo tan desacreditado como Husak, escritas en las oficinas de la embajada soviética en Praga, muestra a qué niveles de baja han descendido los dirigentes soviéticos.

La agresión contra Checoslovaquia será siempre una

agresión y ninguna teoría, ningún documento o argumentación podrán justificarla. Esta ocupación puso al desnudo y confirmó el verdadero carácter de la actual política imperialista de la Unión Soviética, su paso al socialimperialismo. Los acontecimientos de agosto de 1968 desenmascararon toda la falsedad de las prédicas demagógicas de los cabecillas soviéticos. Demostraron que la Unión Soviética es quien domina de manera absoluta en estos países, quien hace la ley, quien determina la política interior y exterior de estos países. La ocupación de Checoslovaquia y el establecimiento como norma oficial de la doctrina de la «soberanía limitada» certifican que los demás países revisionistas han perdido ya su libertad, su independencia y soberanía nacionales.

Checoslovaquia se mantendrá siempre como una llaga para los revisionistas de Moscú, que no puede ser cerrada ni con las palabras de Brezhnev, ni con las declaraciones de los quislings checoslovacos. La permanencia continua de las tropas soviéticas en Checoslovaquia no puede sino profundizar cada vez más la crisis checoslovaca, que es crisis de todo el revisionismo jruschovista. La ocupación de Checoslovaquia amplía y profundiza la lucha del pueblo checoslovaco por liberarse e independizarse de los ocupantes extranjeros y hace crecer la oposición de la opinión pública mundial frente a la política imperialista de los dirigentes soviéticos.

Otro problema que Brezhnev se esforzó por eludir en su informe es el problema polaco. Intentó tratarlo como algo que atañe únicamente a Polonia, como si nada tuviera que ver con los demás países revisionistas y se limitó a desear a Gierek «grandes éxitos en la superación de las dificultades»<sup>2</sup>. Brezhnev no podía co-

---

<sup>2</sup> Tampoco Gierek pudo superar las dificultades. Fue destituido de su puesto de primer secretario del POUP en 1980.

locar sobre la mesa de discusiones del congreso los recientes acontecimientos de Polonia, puesto que tal cosa hubiera dejado al descubierto la situación y las causas que provocaron la revuelta de los obreros polacos, que son las mismas para todos los países revisionistas, incluida la propia Unión Soviética. Esto hubiera mostrado el carácter y el verdadero significado político del diciembre polaco, así como la nueva e innegable realidad de que la clase obrera de los países revisionistas ha comenzado a despertar y a levantarse contra el poder dominante revisionista.

De igual modo que en el caso de Checoslovaquia, los dirigentes soviéticos intentan rodear de un muro de silencio los acontecimientos polacos, echar tierra al asunto y darlos por pasados y olvidados. Pero tanto hierve el caldero que tarde o temprano terminará por estallar nuevamente. La lucha revolucionaria de la clase obrera y de las masas trabajadoras no se extingue porque Brezhnev y compañía la ignoren. Tiene sus propias leyes de desarrollo, es inevitable mientras los intereses de la clase obrera y de las camarillas revisionistas en el poder sean opuestos e irreconciliables.

La perspectiva que presentó el XXIV Congreso a los países revisionistas es bastante negra. En realidad demostró que el objetivo que persiguen los dirigentes soviéticos es arrebatárles lo poco que les resta de su independencia y su soberanía nacional y transformarlos en regiones militares de tipo zarista. Brezhnev, en una forma nada disimulada, exigió la coordinación de su política exterior con la de la Unión Soviética, la integración económica y el fortalecimiento de los instrumentos políticos y militares del Tratado de Varsovia. En realidad, la «coordinación de la política exterior» significa que no exista en absoluto política exterior para

los otros países, o que ésta sea tan sólo un eco propagandístico del departamento de Gromiko. Además, la práctica demuestra que en el terreno de las relaciones internacionales estos países han perdido su individualidad e independencia y están obligados a aprobar incondicionalmente cualquier maniobra de la diplomacia soviética, incluso si se opone a sus intereses nacionales, como es el caso del tratado Moscú-Bonn, etc.

En lo que concierne a la integración económica, no es difícil comprender cuáles son sus objetivos y sus consecuencias. Ahora la economía de los países revisionistas está ya transformada en un apéndice de la economía soviética. Las direcciones, los ritmos y las proporciones de esta economía se determinan no en Berlín, Praga o Varsovia, sino en la Comisión Estatal de Planificación (GOSPLAN) de Moscú. Ella está enteramente bajo la dependencia de la Unión Soviética, ya sea respecto a las materias primas, como a las cuestiones de tecnología. El comercio exterior de estos países está enteramente en manos de Moscú. El llamado Consejo de Ayuda Mutua Económica es en realidad un consejo de esclavitud económica, un instrumento de la política neocolonialista de la Unión Soviética.

Idéntica función desempeña asimismo el Tratado de Varsovia, pero en el terreno militar y político. Por medio de sus mecanismos, que Brezhnev se esfuerza en fortalecer, la dirección soviética ejerce presión política y militar sobre sus aliados, los mantiene bajo un control permanente y los obliga a someterse a sus órdenes. El Tratado de Varsovia no es ya una fuerza destinada a defender la libertad y la independencia de los países miembros frente a las amenazas imperialistas exteriores, sino un medio para mantener la ocupación revisionista extranjera. El Tratado de Varsovia sobre todo, aparece

ahora como un bloque militar al servicio de la política expansionista soviética, que constituye también un serio peligro para los demás países.

La política de sometimiento a la dirección soviética, que se manifestó con suficiente claridad en el XXIV Congreso, tiene por objetivo no sólo a los países satélites, sino también a todos los partidos revisionistas que mantienen relaciones con Moscú. En el informe, en el discurso de clausura y en el pronunciado en la recepción ofrecida a las delegaciones extranjeras que participaron en el congreso, Brezhnev exigió de todos los partidos obediencia y solidaridad ilimitada a la política actual de la Unión Soviética. Con arrogancia desmedida consideró «anticomunista» y «antisoviética» cualquier objeción o crítica a la «infalible actividad» de la dirección soviética. Exigió de ellos que dejen a un lado cualquier otra cosa y consideren como único y principal objetivo de su actividad, el respaldo incondicional a la política estatal soviética en cualquier circunstancia.

Brezhnev dedicó grandes elogios a las reuniones internacionales revisionistas y exigió que «se introduzcan profundamente en la práctica del movimiento comunista mundial». Es de público conocimiento qué representan estas reuniones y a quién sirven. La dirección soviética las ha utilizado y las quiere utilizar para imponer a los demás sus concepciones y su dictado, para mantener a los demás partidos uncidos al carro de su política.

Pero los deseos son una cosa y la realidad otra. El hecho es que los diversos partidos revisionistas expresan su «solidaridad» hacia Moscú con cada vez menor entusiasmo y mayor desgana. Hoy no hay ni puede haber unidad en el campo revisionista. Cada partido hace repicar cada vez más intensamente su campana nacionalista. La presión del dictado soviético, por otra parte, provoca el aumento de las tendencias centrífugas, los

desacuerdos y la confusión. Brezhnev se vio obligado a reconocer en cierta medida esta desagradable situación de Moscú, al hablar sobre las «dificultades de la unidad», sobre las «tendencias al autoaislamiento nacional», sobre la «reanimación del oportunismo de derecha», etc.

Inquieta ante esta situación, la camarilla soviética hizo todo lo posible por reunir en el congreso al mayor número de delegaciones extranjeras. Con ello perseguía dos objetivos: uno propagandístico y otro político. Por un lado, tenía como fin presentar ante los ojos de la opinión pública interna y externa la presencia de las delegaciones extranjeras en Moscú, como una expresión de la solidaridad de éstas con la línea del Kremlin y, por el otro, hacer a los huéspedes cómplices de esa política. Pero el mundo no juzga a los dirigentes soviéticos y a su política por quien va y viene de Moscú y por los cordiales discursos que les dirigen. Con semejantes gestos, esta gente ni salva a los cabecillas soviéticos de su desenmascaramiento ni se honra a sí misma.

#### BOMBEROS DE LA REVOLUCION Y DEL MOVIMIENTO DE LIBERACION DE LOS PUEBLOS

Tal como se esperaba, los revisionistas soviéticos no escatimaron las declaraciones y las críticas contra el imperialismo en su XXIV Congreso. Si se diera fe a sus palabras, parecería que la dirección soviética se opone por todos los medios a la política de agresión y de guerra del imperialismo, acaudillado por el norteamericano. El «antiimperialismo» de los revisionistas soviéticos ha sido y seguirá siendo una consigna huera, pura demagogia destinada a embaucar a los pueblos y a socavar su lucha. Hace tiempo que la Unión Soviética ha dejado de ser una potencia revolucionaria y antiimperialista. No sólo no desarrolla una verdadera lucha

contra el imperialismo, sino que por el contrario sabotea todo movimiento revolucionario y de liberación nacional.

Brezhnev puede jactarse cuanto quiera, puede jurar y perjurar por la solidaridad y la ayuda de la Unión Soviética a los pueblos que luchan por la libertad y la independencia, contra el colonialismo, la opresión y la explotación. Pero la práctica ha mostrado que el revisionismo soviético se ha esforzado y ha hecho cuanto estaba a su alcance para sofocar cualquier llama revolucionaria y cualquier lucha antiimperialista donde quiera que se hayan producido.

Las posiciones y la actividad proimperialistas y contrarrevolucionarias de la dirección soviética están condicionadas por la propia línea y naturaleza del revisionismo. Todo verdadero movimiento revolucionario y de liberación, en cualquier país en que estalle, se colocará necesariamente en abierta oposición a los revisionistas soviéticos. Quiéralo o no, toda revolución obliga a la Unión Soviética a adoptar una posición. Si la respalda, se enfrentará a las otras potencias imperialistas y reaccionarias, cosa que no desea en absoluto. Si se mantiene al margen, ¿cómo podrá justificar ante la opinión pública interna y externa sus pretensiones de «gran centro del comunismo mundial», de «verdadero partido comunista», de «defensora de la revolución», etc.? Por eso, el único camino, objetivamente condicionado, es sabotear la revolución antes de que nazca, o sofocarla cuando estalle. La traición al marxismo-leninismo y a la revolución les tiene cogidos por el cuello y no les permite maniobrar. Esto les obliga a ser necesariamente bomberos de la revolución.

Los dirigentes soviéticos sabotean desde hace años la heroica lucha del pueblo vietnamita y se esfuerzan por todos los medios en salvar a los imperialistas norteamericanos de su inevitable derrota. Ejercen todo tipo



de presiones sobre Viet Nam para obligarlo a someterse y aceptar el dictado norteamericano. Hablan mucho sobre la «solidaridad» y las «ayudas» a los pueblos de Indochina. Pero, mientras los Estados Unidos prosiguen su agresión a Camboya, los dirigentes soviéticos continúan manteniendo relaciones diplomáticas con la camarilla reaccionaria de Lon Nol. Cuando los imperialistas norteamericanos invadieron Laos se limitaron a formular declaraciones de «simpatía». La escalada de la agresión imperialista en Indochina y en otros países, no impidió en absoluto a los revisionistas soviéticos mantener y consolidar la amistad y la colaboración con los asesinos de los pueblos, los imperialistas norteamericanos. ¿Dónde están entonces su antiimperialismo, su respaldo a la justa lucha de los pueblos de Indochina, sobre los que Brezhnev habló tan amplia y ampulosamente en el XXIV Congreso?

En alguna ocasión parece que la Unión Soviética ayuda y no escatima cierto apoyo material y político, como es el caso del movimiento antiimperialista árabe. Pero su objetivo es extender su influencia expansionista. En otros casos mantiene hacia los movimientos de liberación una completa neutralidad, o los sabotea por todos los medios.

Veamos la actitud de la Unión Soviética hacia el movimiento de los guerrilleros palestinos que están a la vanguardia de la lucha de los pueblos árabes. Los revisionistas de Moscú, mientras se dan aires de defensores de los pueblos árabes, mientras aparentan respaldar su derecho a la libertad y a la independencia y pretenden presentarse como sostenedores de sus esfuerzos antiimperialistas, combaten y se esfuerzan por aplastar el movimiento de los guerrilleros palestinos. La actitud enteramente indiferente que mantienen ante los ataques antipalestinos de la reacción jordana es una prueba más que clara. Los dirigentes soviéticos se oponen al

movimiento de los guerrilleros palestinos porque va en contra de su política hegemónica en el Medio Oriente, golpea sus complots conjuntos con el imperialismo norteamericano dirigidos a establecer el dominio de las dos superpotencias en esta zona, desenmascara la demagogia y la falsedad de su política supuestamente antiimperialista.

Los revisionistas soviéticos, poniéndose el disfraz de «antiimperialismo» pretenden aprovechar las dificultades temporales de los pueblos árabes con el fin de penetrar en el Medio Oriente y ocupar posiciones económicas, políticas y militares. Al igual que el imperialismo norteamericano, pretenden echar raíces en esta zona con objeto de establecer bases que les sirvan de plazas de armas para sus fines expansionistas e imperialistas en los continentes africano y asiático. Los cabecillas revisionistas de la Unión Soviética, de concierto con el imperialismo norteamericano, hacen esfuerzos por escindir a los pueblos árabes e imponerles una paz en detrimento de sus intereses y en beneficio de las dos superpotencias. Todas las posiciones y la actuación de los revisionistas soviéticos en el Medio Oriente son una nueva prueba de la falsedad de su «antiimperialismo», un claro testimonio de su colusión con el imperialismo norteamericano para repartirse las zonas de influencia y dominar el mundo.

No es casual que Brezhnev no mencionara en absoluto en su informe la heroica lucha de los pueblos de América Latina contra el imperialismo norteamericano y las dictaduras fascistas. Y esto no porque no conozca la situación, sino porque los dirigentes soviéticos consideran a América Latina zona de influencia de los Estados Unidos, donde no quieren entrometerse y además porque no quieren romper con los regímenes reaccionarios, con quienes desean ampliar y consolidar sus

lazos y su colaboración. La lucha revolucionaria de los pueblos latinoamericanos, que en numerosos países han empuñado las armas, está en oposición a las prédicas de los revisionistas soviéticos que se manifiestan en contra de la violencia revolucionaria, a favor de la vía pacífica, etc.

En el marco de esta actitud de los revisionistas soviéticos se encuadra asimismo el total desinterés por los movimientos de los pueblos de Asia y de Africa, como si éstos no existiesen en absoluto. ¿Pueden, acaso, considerarse como una contribución al desarrollo de los movimientos revolucionarios las ilusiones que una vez más Brezhnev puso de manifiesto en el congreso de que muchos de estos países han entrado en el camino del socialismo y de la construcción de la sociedad socialista a través de la «vía no capitalista de desarrollo»?

Todas las prédicas y la actuación de los revisionistas soviéticos en cuanto a la revolución y al movimiento de liberación, son oportunistas y contrarrevolucionarias; pretenden sofocar las llamas de la lucha contra el imperialismo y por la liberación nacional y social. Así ha sido hasta el presente y así será también en el futuro. Toda ilusión respecto al «antiimperialismo» de los dirigentes soviéticos, toda ingenua confianza en sus demagógicas declaraciones ocasionan un gran daño al movimiento revolucionario mundial, a la auténtica lucha contra el imperialismo.

#### POLITICA DE SUPERPOTENCIA PARA LA EXPANSION Y LA HEGEMONIA MUNDIAL

En los informes de Brezhnev, de Kosiguin y en la intervención de Gromiko y de otros, ocuparon un gran espacio el tratamiento de las relaciones soviético-norteamericanas, los problemas de la guerra y la paz y en general

la política exterior de la Unión Soviética. Lo esencial de toda la línea soviética en las relaciones internacionales es la política de superpotencia que pugna por la expansión y por la hegemonía mundial.

En el XXIV Congreso hubo muchas críticas a la política de los Estados Unidos. Pero todas ellas no fueron más que formales e impuestas por las circunstancias. La verdadera esencia de la actitud de los revisionistas soviéticos, su línea oficial en las relaciones con los Estados Unidos, no es denunciarles y luchar contra ellos, sino el deseo de consolidar y ampliar cada vez más, en todos los terrenos, la colaboración con el imperialismo norteamericano. «La mejora de las relaciones soviético-americanas —declaró Brezhnev— respondería a los intereses de los pueblos soviético y norteamericano, a los intereses de la consolidación de la paz.»

Los pueblos del mundo no pueden sino sorprenderse y preguntarse cómo es posible considerar «en interés de los pueblos y de la paz» la colaboración con un país que, como el mismo Brezhnev afirma, «pretende mantener el papel de garante y defensor del sistema internacional de explotación y opresión», que «hace esfuerzos por dominar en todas partes, intervenir en los asuntos de los pueblos, violar sin ceremonia sus legítimos derechos y su soberanía», etc.

Siempre ha habido una profunda incoherencia entre las palabras y los hechos de los revisionistas. Cuando hablan de los «intereses de los pueblos», ellos piensan en realidad en los intereses de la burguesía imperialista que impera en los Estados Unidos y en la Unión Soviética. Y «la consolidación de la paz», según su modo de pensar, significa paz entre las dos superpotencias y guerra contra los demás.

Durante los últimos años, a pesar de la intensificación de la agresividad del imperialismo estadouni-

dense, las relaciones y la colaboración soviético-norteamericanas se han venido ampliando y profundizando cada vez más. La alianza contrarrevolucionaria soviético-americana constituye uno de los hechos más importantes del actual escenario internacional.

Esta alianza se ha materializado en los esfuerzos de ambas superpotencias por preservar su dominación en las respectivas zonas de influencia. Se han dejado recíprocamente las manos libres para poder actuar a su antojo en los países de su respectiva zona de influencia. Así, por ejemplo, cuando se llevó a cabo la agresión soviética contra Checoslovaquia, los imperialistas norteamericanos mantuvieron una actitud bastante leal contra los invasores, al igual que los revisionistas soviéticos la mantuvieron hacia la agresión norteamericana contra Camboya y Laos.

Hoy, en el marco de esta alianza, están desarrollando negociaciones secretas para repartirse nuevas esferas de influencia, que anteriormente pertenecían a otras potencias imperialistas. Es típica en este sentido la actitud de estas dos grandes potencias hacia Medio Oriente y África del Norte.

En la actualidad las dos superpotencias hacen grandes esfuerzos por coordinar su política y por presentarse con una actitud común respecto a cualquier problema internacional de importancia y por imponérsela a los demás países. De modo particular esto puede observarse con claridad en la Organización de las Naciones Unidas, manipulada por los Estados Unidos de América y la Unión Soviética y transformada en un instrumento de su política hegemónica. Su objetivo es convertirse en los árbitros de los asuntos internos y externos de los demás países e imponer a todos ellos su voluntad.

Con el fin de salvaguardar y consolidar su alianza, tanto los revisionistas soviéticos como los imperialistas

norteamericanos, en las condiciones actuales, están prestando gran cuidado a evitar las fricciones entre sí, a liquidar las divergencias y a mantener el equilibrio del potencial. Su permanente preocupación es garantizar el monopolio nuclear y la supremacía técnica y científica, con el objetivo de mantener la distancia con los otros países, presionarlos y amenazarlos de modo constante. Resulta ya evidente que las negociaciones SALT, las de Ginebra sobre el desarme, los acuerdos sobre el espacio cósmico, etc., sirven precisamente a estos fines.

El plan de paz de Brezhnev, anunciado con gran alboroto en el XXIV Congreso, es un plan demagógico que pretende cubrir de bellos colores la política soviética imperialista y agresiva y engañar a los pueblos. Este plan está dirigido al logro de un determinado número de objetivos de la política exterior soviética, pisoteando los intereses vitales de los pueblos. En realidad Brezhnev desempolvó las viejas propuestas de Jruschov, guardadas en los archivos y que han sido rechazadas por los pueblos. Su plan de paz no es un plan de oposición al imperialismo, que es fuente de guerras y de perturbación de la paz. Es un programa que, en esencia, tiene como fin servir a los intereses imperialistas de las dos superpotencias y proporcionarles privilegios y la supremacía en los asuntos internacionales.

La demagogia y la falsedad aparecen en todos los puntos del «plan Brezhnev». Este exige que se «ponga fin a todos los actos de agresión y de arbitrariedad internacional, que sean liquidados todos los focos de guerra», etc. No se comprende a quién se dirige Brezhnev ¿a la «sensatez» de Nixon o a la «razón» del Pentágono? El imperialismo norteamericano no se ha retirado ni se retirará de buen grado ni por motivos morales, ni de Indochina, ni del Medio Oriente, ni de los demás países a los que ha extendido sus tentáculos. No renun-

ciará a la política de violencia y de agresión, que es producto del propio sistema capitalista e imperialista. Con semejantes prédicas los dirigentes soviéticos pretenden que los pueblos se forjen ilusiones y se aparten de la resistencia y de la lucha de liberación, que constituyen el único camino efectivo para oponerse a la agresión y defender la libertad y la independencia.

Por otra parte, ¿de qué oposición a la violencia y la arbitrariedad puede hablar Brezhnev cuando el propio socialimperialismo soviético es agresor, cuando él mismo ha elevado a la categoría de ley la amenaza y la arbitrariedad frente a los diversos países? Situándose contra la violencia revolucionaria, los dirigentes soviéticos aplican ampliamente la violencia contrarrevolucionaria. En el momento actual, el peligro de agresión y de guerra no procede únicamente del imperialismo norteamericano, sino también del socialimperialismo soviético, ambos consideran la agresión y la amenaza del recurso a la fuerza como el medio principal para poner en práctica su política de hegemonía y de dominación mundial.

Brezhnev presentó asimismo la consabida propuesta de la «seguridad colectiva en Europa», como una de las medidas de defensa de la paz en el mundo. Esta denominada seguridad europea no tiene nada en común con la verdadera seguridad de Europa y con la defensa de la paz. El peligro al que están expuestos los pueblos europeos procede en primer lugar de estas dos grandes potencias y contra ellas deben asegurarse. Pero el plan soviético de seguridad europea pretende que los principales enemigos de Europa, el imperialismo norteamericano y el revisionismo soviético sean sus «garantes». Esto es lo mismo que hacer pastores a los lobos. En realidad el plan de Brezhnev para Europa pretende asegurar y perpetuar las zonas de influencia y la dominación soviético-americana en este continente, mantener

en él el statu quo reaccionario y dirigir hacia Asia la punta de lanza de la guerra y la agresión. En cuanto a la liquidación de la OTAN y del Tratado de Varsovia, a la que se refirió Brezhnev, no se pondrá en práctica mientras exista la política de agresión, de expansión y de hegemonía de las dos superpotencias, quienes utilizan los bloques militares como instrumentos fundamentales en la aplicación de esta política.

En el «plan de paz» de Brezhnev hay también mucha palabrería sobre el desarme, sobre la prohibición de las armas atómicas, sobre la suspensión de la carrera armamentista, el desmantelamiento de las bases extranjeras, la reducción de las fuerzas armadas y de los presupuestos militares, etc.

Hace mucho tiempo que los pueblos escuchan estas «dulces» prédicas y están hartos de ellas. Brezhnev, con su plan, especula con las justas demandas de los pueblos respecto al desarme total y general, pretende lograr que el mundo alimente vanas esperanzas en la posibilidad de que se haga algo, y encubrir el verdadero significado del alboroto que hacen las dos superpotencias sobre el desarme. Toda la política y la actuación de los imperialistas norteamericanos y de los revisionistas soviéticos demuestran que no sólo no trabajan por el desarme, sino que se arman cada vez más, que su objetivo es mantener las armas que poseen y prohibir que los demás se armen y se defiendan.

¿Pueden acaso considerarse «pasos positivos y prometedores» el tristemente célebre tratado sobre la prohibición de las pruebas nucleares en la superficie y la atmósfera, el de la no proliferación, el de la prohibición de establecer armas destructivas en el fondo de los océanos o en el espacio cósmico? Estos tratados y otros semejantes que están en proyecto, son acuerdos entre dos grandes potencias, que coordinan y equilibran



sus planes armamentistas. A través de ellos, pretenden mantener el monopolio nuclear y tecnológico, para hacer uso seguidamente del chantaje y de la amenaza atómica contra los demás. ¿Acaso los pueblos están más tranquilos ahora que las dos superpotencias no realizan pruebas nucleares en la superficie, sino bajo tierra, no colocan armas nucleares en las naves cósmicas, sino en aviones que vuelan en torno al mundo, o no las colocan en el fondo de los mares, sino entre dos aguas o en la superficie?

Nadie excepto las dos superpotencias ha instigado la carrera armamentista, así como nadie además de ellas cuenta con bases militares en otros países. Son ellas quienes disponen en la actualidad de los mayores ejércitos, quienes tienen presupuestos de guerra que han alcanzado cifras astronómicas.

Los revisionistas soviéticos necesitan sus discursos públicos contra el imperialismo, por la paz y el desarme, para no desenmascarse ante los pueblos. Semejantes discursos no afectan ni inquietan a los imperialistas norteamericanos, puesto que la política soviética está cimentada en la colaboración y en la diplomacia secreta con los Estados Unidos, con quienes establecen todo tipo de acuerdos a espaldas de los pueblos y a sus expensas.

Los pueblos no pueden esperar nada bueno del socialimperialismo soviético. La política exterior soviética es expresión de las aspiraciones hegemónicas y expansionistas de la nueva burguesía de la Unión Soviética. Los cabecillas del Kremlin se esfuerzan por presentar su línea como si se opusiera a la política agresiva del imperialismo norteamericano. En realidad, todo esto es un bluf mal disimulado ya que la política de ambas superpotencias, tiene las mismas características y es de la misma naturaleza de clase. Es por eso que la defensa de la paz y la seguridad internacional, la liberación de

la opresión nacional y social, sólo pueden lograrse por medio de una resuelta y consecuente lucha en dos frentes, contra el imperialismo americano y contra el social-imperialismo soviético. A la alianza contrarrevolucionaria soviético-norteamericana debe enfrentársele el frente unido revolucionario y antiimperialista de los pueblos del mundo entero.

#### VIOLENTA HOSTILIDAD CONTRA LAS FUERZAS MARXISTA-LENINISTAS

El XXIV Congreso comenzó y terminó como un congreso revisionista y anticomunista. Reafirmó una vez más la línea contrarrevolucionaria de la actual dirección jruschovista, dirigida contra el verdadero movimiento comunista, contra todas las fuerzas marxista-leninistas.

El hecho es que, en la actualidad, las fuerzas marxista-leninistas están en continuo desarrollo, y su lucha preocupa sobremanera a Brezhnev y compañía... Han surgido del seno de la clase obrera como una necesidad histórica, para dirigir su lucha revolucionaria cuando los viejos partidos comunistas traicionaron y se pasaron al revisionismo en numerosos países. Han sido producto lógico e inevitable de la lucha entre el marxismo-leninismo y el revisionismo, a escala nacional e internacional. Como tales, los nuevos partidos marxista-leninistas crecen y se fortalecen continuamente, el porvenir les pertenece únicamente a ellos.

Asimismo Brezhnev no olvidó mencionar a Albania en su informe. Ofreció a nuestro país el «restablecimiento de las relaciones normales». Naturalmente no podemos prohibirle que hable sobre las relaciones con nuestro país. Pero si los revisionistas soviéticos piensan que con semejantes tácticas nos colocarán a la espera de

«nuevos desarrollos positivos» por su parte, que nos harán interrumpir la polémica y la lucha contra el revisionismo, desde ahora les podemos decir que se han equivocado de dirección. Nuestra vigilancia revolucionaria contra sus pérfidas maniobras se ha mantenido y se mantendrá siempre a la debida altura.

Hemos declarado y declaramos que deseamos mantener buenas y correctas relaciones con los Estados de regímenes diferentes al nuestro, pero a condición de que respeten la libertad y la independencia de nuestra Patria, su soberanía, su integridad territorial y todas las victorias de nuestra revolución popular. En cambio todos los Estados imperialistas y revisionistas que han mantenido y mantienen una actitud hostil hacia la Albania socialista, han recibido y recibirán siempre de nosotros la respuesta merecida. Estos Estados tienen grandes deudas políticas y económicas con Albania, que no se saldan con palabras huera ni con demagogia. La inevitable revolución en esos países no dejará impunes los crímenes que han perpetrado y perpetran no sólo contra la República Popular de Albania, sino también contra todos los pueblos del mundo.

En más de una ocasión, el Partido del Trabajo de Albania se ha dirigido al pueblo y a los comunistas de la Unión Soviética, llamando su atención sobre las verdaderas causas de la ruptura de las relaciones soviético-albanesas. Pero los cabecillas revisionistas soviéticos se han obstinado en su camino de traición y en su actitud hostil hacia nuestro Partido, nuestro país y hacia el marxismo-leninismo.

La normalización de las relaciones entre la Unión Soviética y la Albania socialista no es una cuestión que pueda resolverse mediante una declaración falsa de una dirección revisionista soviética, que mantiene una actitud hostil hacia nuestro país y le amenaza. No puede ni

hablarse de semejante empresa si no intervienen enérgicamente los hermanos pueblos soviéticos y los verdaderos bolcheviques para restablecer la gran justicia marxista-leninista sobre estos problemas, ya que de la actual dirección soviética nos separan profundas divergencias políticas e ideológicas de principio.

El XXIV Congreso fue un congreso organizado por la camarilla revisionista soviética para sus propósitos revisionistas. Tenía el objetivo de movilizar al pueblo soviético para que aplicara su línea, para que consolidara las posiciones de la nueva burguesía revisionista dominante. Con el fin de engañar al pueblo soviético y a la opinión pública mundial, Brezhnev y compañía trataron de presentarse como marxistas acabados, como mantenedores de una posición equilibrada y combatientes tanto contra los izquierdistas como contra los derechistas, tanto contra el centralismo burocrático y tecnocrático, como contra el anarquismo liberal, tanto contra el «culto a la personalidad» como contra el «subjetivismo y la arbitrariedad», tanto contra el nacionalismo reaccionario como contra los antipatriotas, etc.

Se trata de gastadas maniobras tácticas dirigidas a calmar a las masas trabajadoras, desviar su atención de los grandes problemas pendientes que preocupan al pueblo soviético. Los capitostes revisionistas necesitan ahora de un período de tranquilidad para aplicar sin preocupaciones su política de restauración del capitalismo en el interior y el socialimperialismo en el exterior.

El pueblo soviético, que cuenta con gloriosas tradiciones revolucionarias, no debe dejarse engañar por la demagogia revisionista y por las fraudulentas tácticas de sus gobernantes. El XXIV Congreso añade nuevas cadenas al yugo revisionista, aumenta la dosis de veneno

con que los revisionistas tratan de emponzoñar la conciencia de las gentes y de aturdir su mente.

El pueblo soviético no puede liberarse de la grave situación en la que se encuentra ni permaneciendo a la expectativa, ni mediante el apoliticismo, el indiferentismo o la pasividad. El único camino de salvación es que la clase obrera y todo el pueblo soviético se lancen al campo de batalla y, con su acción revolucionaria, derriben al revisionismo, restauren la dictadura del proletariado y encaucen nuevamente a la Unión Soviética en el glorioso camino del gran Octubre.

*Contra el revisionismo moderno.  
1971-1975*